

Sermón 3
LA ENCARNACIÓN *
[n. 362 | 25 de diciembre de 1834]
En la fiesta de la Natividad de nuestro Señor

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14)

Así anuncia el apóstol predilecto y evangelista el sagrado misterio que hoy conmemoramos de manera especial, la Encarnación del Verbo Eterno. Con esa sencillez y brevedad habla, como temiendo caer en pura irreverencia. Si hay alguien que pudiera tener permiso para permitirse hablar de este punto, ése es el discípulo amado, que oyó, vio, contempló y trató personalmente a la Palabra de Vida. Sin embargo, tan alto fue ese privilegio como profundo su discernimiento de la infinita distancia entre él y su Creador. Ésa fue también la actitud de los santos ángeles cuando el Padre «introdujo a su Primogénito en el mundo: acto seguido, le adoraron (Hb 1,6). Y una mezcla de asombro y amor perduró en la Iglesia después de que los ángeles anunciaran su venida y los evangelistas dejaran por escrito su morada entre nosotros, y su partida: «se hizo un silencio en el cielo de una media hora» (Ap 8,1). Alrededor de la Iglesia, es verdad, se oyeron las voces de la blasfemia, como cuando Cristo colgaba de la cruz. Pero en la Iglesia había luz y paz, alegría y santa meditación. No hubo dudas anárquicas, preguntas impertinentes, razonamientos arrogantes. Adoración rendida y una devoción

* Traducción de Víctor García Ruiz.

práctica al Hijo por siempre bendito evitaron dificultades en la fe y resguardaron a la Iglesia de la necesidad de hablar.

El que vio al Señor Jesús con un corazón puro, el que le acompañó desde el lago de Genesaret hasta el Calvario y desde el sepulcro hasta el Monte Oliveto, donde dejó para siempre el lugar de su abajamiento; el que recibió el encargo de cuidar de su madre, la Virgen, el que escuchó de sus labios lo que sólo ella podía decir acerca del misterio al que se había entregado; y los que lo oyeron de boca de este discípulo, y los que lo oyeron a su vez de éstos, las primeras generaciones de la Iglesia, ninguno necesitó afirmaciones explícitas acerca de la Sagrada Persona de Cristo. La vista y el oído sustituían con ventaja a la abundancia de palabras. La fe no necesitaba el apoyo de Credos y Confesiones detalladas. Había silencio. «El Verbo se hizo Carne». «Creo en Jesucristo, su Único Hijo, nuestro Señor». Frases como éstas lo decían todo, y no tenían nada de formales. En cambio, cuando la luz del advenimiento se disipó y el amor ardiente cuajó en cera fría, se abrió el espacio para la objeción y la discusión, y surgieron problemas a la hora de responder. Hubo que aclarar ideas equivocadas, calmar dudas, apaciguar problemas, hacer callar a los innovadores. Los cristianos se vieron forzados a hablar contra su voluntad, para que no hablaran los herejes en vez de ellos.

Ésta es la diferencia, que la fiesta de hoy trae a la consideración especialmente, entre nuestra situación y la de la Iglesia primitiva. En el Nuevo Testamento encontramos la doctrina de la Encarnación anunciada con mucha claridad pero con brevedad reverente. «El Verbo se hizo carne», «Dios ha sido manifestado en la carne» (1 Tm 3,16), «Dios estaba en Cristo», «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, Dios fuerte» (Is 9,5), «Cristo, el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos» (Rm 9,5), «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20,28), «Yo soy el Alfa y la Omega, el Todopoderoso» (Ap 1,8), «El Hijo de Dios, el resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» (Hb 1,2-3). Si la Iglesia habla con detenimiento en los Credos y

en su magisterio, es para hacer frente a la perversa ingenuidad de quienes, al no estar ya los apóstoles en este mundo, pueden insultar impunemente y malinterpretar la letra de sus escritos.

Además, nos encontramos en una coyuntura que nos obliga no sólo a preservar la verdad sino también a dar razón de por qué la defendemos. Porque aquellos que nos arrebatarían a Cristo, no contentos con que tomemos medidas de protección, van más allá y hacen que tengamos que explicar el mero hecho de adoptarlas; y exigen que dejemos de lado cualquier cosa que se interponga entre ellas y sus propósitos heréticos. Así pues, tenemos que afirmar con claridad, como ya he hecho, por qué la Iglesia ha hecho más prolongadas sus exposiciones de la doctrina cristiana. Otro motivo para esas exposiciones es éste: como ha pasado el tiempo y se ha perdido la memoria directa de la vida de nuestro Señor en la tierra, el objeto de nuestra Fe arroja un reflejo muy tenue en el alma, en comparación con la imagen vívida que su presencia producía entre los primeros cristianos. Sí, leídos con fe y amor, los evangelios hacen mucho en el sentido de hacernos real la Encarnación del Hijo de Dios. Pero los Credos son una ayuda más, así: las afirmaciones que ahí se hacen, las distinciones, cautelas y cosas parecidas, apoyadas e iluminadas por la Escritura, «hacen bajar del cielo» la imagen de Quien está sentado a la derecha del Padre, nos guardan de hacer un uso indolente de las palabras, y excitan en nosotros esos sentimientos mezclados de temor y confianza, afecto y devoción hacia Él que lleva consigo la fe en la venida personal de Dios en nuestra naturaleza; sentimientos que desde el principio existieron en la Iglesia porque le habían visto directamente a Él, en persona.

Podemos decir más: estas afirmaciones —por ejemplo, las del Símbolo Atanasiano o las del Te Deum— son especialmente aptas para el culto divino por cuanto encienden y elevan los afectos religiosos. Son himnos de alabanza y acción de gracias, dan gloria al Dios que se ha revelado en el Evangelio, como los salmos de David

enaltecen los atributos divinos que se despliegan en la naturaleza, sus hechos maravillosos en la creación del mundo, y sus misericordias con la casa de Israel.

Podría ser útil, pues, en la fiesta de hoy, llamar la atención hacia la doctrina católica sobre la Encarnación.

El Verbo existía desde el principio, el Hijo Único de Dios. Antes de que se creara el mundo, cuando aún no existía el tiempo, Él existía, en el seno del Padre Eterno, Dios de Dios, y Luz de Luz, inmensamente bienaventurado de conocerle y de ser conocido por Él; recibía todas las divinas perfecciones de Él y, no obstante, era Uno con Él, que lo engendró. Como se dice al comienzo del evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios». Si nos atrevemos a hacer conjeturas diremos que se le llama el Verbo de Dios porque es mediador entre el Padre y todas las criaturas, las trae a la existencia, les da forma, da al mundo sus leyes, imprime la razón y la conciencia a las criaturas de orden superior y, en su momento, les da a conocer la voluntad de Dios. Para nosotros, los cristianos, Él es de manera especial el Verbo en este gran misterio que hoy conmemoramos, por el que se hizo carne y nos redimió del estado de pecado.

Cuando el hombre cayó, el Verbo podía haber permanecido en la gloria que compartía con el Padre antes de que el mundo existiera. Pero el amor insondable que se manifestó en nuestra creación, no se contentó con una obra frustrada sino que le hizo bajar una vez más desde el seno del Padre para hacer su voluntad y reparar el mal que el pecado había causado. Y con un asombroso abajamiento Él vino a la tierra, no, como antes, con poder sino con debilidad, con forma de siervo, con la apariencia de esa criatura caída que se había propuesto restaurar. Así se humilló Él: sufriendo todas las flaquezas de nuestra naturaleza con la apariencia de la carne pecadora, en todo menos en el pecado —sin pecado, pero sometido a la tentación— para, al final, ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

He dicho que cuando el Unigénito de Dios se rebajó a tomar nuestra naturaleza, no tuvo contacto alguno con el pecado. Era imposible que lo tuviera. Así pues, como nuestra naturaleza estaba corrompida desde la caída de Adán, Él no vino a la manera de la naturaleza, no se vistió con esa carne corrupta que heredamos los nacidos de Adán. Vino milagrosamente, para tomar sobre sí nuestras imperfecciones sin tener ningún contacto con nuestra condición pecadora. No nació como nacen los demás hombres porque «lo nacido de la carne, carne es» (Jn 3,6).

Todos los hijos de Adán son hijos de la ira, así que nuestro Señor vino como el Hijo del Hombre pero no como el Hijo del pecador Adán. No tuvo padre en la tierra; hubiera sido aborrecible tenerlo. Es impensable que fuera hijo de la culpa, la vergüenza y la muerte. Vino de una manera nueva y llena de vida. Por supuesto, no formándose del barro de la tierra, como lo fue Adán al comienzo, sino queriendo participar en la naturaleza humana al escoger para sí, de entre lo ya existente, un tabernáculo puro. Como al principio la mujer fue formada a partir del varón por el poder Todopoderoso, así ahora, por un misterio semejante, pero en orden inverso, el nuevo Adán fue formado partiendo de una mujer. Como se había predicho, Él fue la «semilla inmaculada de la mujer» que obtiene su humanidad de la sustancia de la Virgen María. Como se dice en los Artículos del Credo, «concebido por el Espíritu Santo, nacido de María Virgen».

Por tanto, el Hijo de Dios pasó a ser el Hijo del Hombre, mortal pero no pecador, heredero de nuestras flaquezas, no de nuestras culpas; fruto de la vieja raza pero «comienzo de la nueva creación de Dios». En María, su Madre, hubo pecado lo mismo que en los demás hombres, y nació de pecadores¹. Pero ella fue puesta aparte, «como huerto cerrado, fuente sellada (Ct 4,12), para ofrecer la

¹ La Inmaculada Concepción de María —la ausencia en ella de pecado original y de cualquier mancha de pecado, desde el primer instante de la creación de su alma— no se definió hasta la Bula de Pío IX *Ineffabilis Deus* (8 de diciembre de 1854).

naturaleza creada a quien era su Creador. Así vino Él a este mundo, no entre nubes del cielo sino nacido en el mundo, nacido de mujer, Él, el hijo de María, y ella —si tal cosa puede decirse— la Madre de Dios. Así vino, escogiendo y separando para sí los elementos de cuerpo y alma; después, uniéndolos a sí desde el primer momento de su existencia, penetrándolos, santificándolos con su misma divinidad, espiritualizándolos y llenándolos de luz y pureza, mientras continuaban siendo humanos y, durante un tiempo, mortales y expuestos a la flaqueza humana. Mientras su alma y cuerpo crecían día a día en esta unión santa, su Esencia Eterna seguía siendo una con ellos, los elevaba, actuaba en ellos, se manifestaba a través de ellos, de manera que era verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre, Una sola persona; lo mismo que nosotros somos alma y cuerpo pero una sola persona, así el verdadero Dios y hombre no son dos, sino un solo Cristo. Así entró el Hijo de Dios en este mundo mortal y, una vez alcanzada la condición de persona humana, comenzó su ministerio, predicó el Evangelio, escogió sus apóstoles, sufrió en la cruz, murió y fue sepultado, resucitó y ascendió al cielo, para reinar allí hasta el día en que vuelva de nuevo a juzgar el mundo. ¡Misterio lleno de misericordia este de la Encarnación, misterio para contemplar y para adorar! Como dice el texto, «El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros».

Este breve recorrido a la enseñanza católica sobre la Encarnación del Verbo Eterno de Dios puede hacerse más preciso haciendo referencia a algunos procedimientos empleados en la Escritura que, sin volverla del todo explícita, muestran que, en diversas ocasiones, Dios ha querido manifestarse en sus criaturas.

1. Dios estaba en los profetas pero no a la manera en que estaba en Cristo. La autoridad divina y, en cierto sentido, el nombre puede otorgarse a sus ministros, por ser sus representantes. Moisés dice a los israelitas: «No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra el Señor» (Ex 16,8). Y san Pablo: «Por tanto, el que menosprecia esto no menosprecia a un hombre,

sino a Dios» (1 Ts 4,8). En este sentido a gobernantes y jueces se les llama a veces «dioses», como dice nuestro Señor mismo.

Además, los profetas estaban inspirados. Así, se dice que Juan Bautista estuvo lleno del Espíritu Santo desde el seno materno. Zacarías fue lleno del Espíritu Santo y profetizó. También el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles en Pentecostés y en otros momentos, y san Pablo fue tan maravillosamente agraciado que «hasta los pañuelos y las ropas que habían tocado su cuerpo, aplicados a los enfermos, hacían desaparecer las dolencias y expulsaban los espíritus malignos» (Hch 19,12). Ahora bien, lo propio de esta milagrosa inspiración era que esa presencia de Dios iba y venía. Por eso leemos en los relatos anteriores y otros parecidos que el profeta o apóstol *era lleno* del Espíritu Santo en ocasiones particulares, como, por ejemplo, cuando «el Espíritu del Señor abandonó a Saúl» y un espíritu maligno le atribuló. Por tanto, esta presencia divina es paralela a la posesión diabólica. En el evangelio vemos que el demonio habla con la voz de sus víctimas, de manera que no se puede distinguir al atormentado de quien le atormenta. Parecen uno y el mismo, aunque no lo son, como se ve cuando Cristo o sus apóstoles expulsan al demonio. También el Templo de los judíos estaba en cierto modo habitado por Dios, cuya presencia allí comenzó con la oración de Salomón. Esto fue un tipo de la Humanidad de nuestro Señor, habitada por el Verbo de Dios a modo de Templo, pero con esta diferencia esencial: que el templo de los judíos era perecedero y la presencia de Dios podía retirarse en cualquier momento. No había unidad real entre uno y otro; eran separables. Pero Cristo les dice a los judíos acerca de su propio cuerpo: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré» (Jn 2,19), dando a entender una solidaridad tal entre la divinidad y la humanidad que no era posible una separación real, ni disolución. Incluso con su cuerpo muerto, la divina naturaleza era una con él; de igual forma era una con su alma en el paraíso. Alma y cuerpo eran

una sola cosa con el Verbo eterno realmente —no sólo de palabra—, para no separarse ya jamás. De ahí que la Escritura diga que resucitó «según el Espíritu de santificación» (Rm 1,4) y que «no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio» (Hch 2,24).

2. El evangelio nos enseña también otra manera en que el hombre alcanza una unión con Dios Todopoderoso. Como dice san Pedro, es un don peculiar de los cristianos ser «partícipes de la naturaleza divina» (2 P 1,4). Creemos, y lo creemos con alegría, que la gracia de Cristo renueva nuestras almas carnales reparando los efectos de la caída de Adán. Allí donde Adán trajo impureza e incredulidad, el poder de Dios infunde fe y santidad. Las perfecciones de Dios se nos comunican una vez más y, como estamos bajo la directa influencia del cielo, nos hacemos uno con Dios. Más aún, se nos asegura una asociación real, aunque mística con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para esto: para que Dios sea uno con cada creyente, como en un templo consagrado, tanto mediante una presencia real en el alma como mediante los frutos de la gracia. Inefable como es este don de la divina misericordia, sería blasfemo no decir que la inhabitación del Padre en el Hijo está muy por encima de ésta porque es de muy diferente naturaleza. Porque Él no es sólo de naturaleza divina, divina por participación de santidad y perfecciones, sino la Vida y la Santidad mismas, en igualdad con el Padre. Es el Hijo encarnado y coeterno, Dios vestido con nuestra naturaleza, el Verbo hecho carne.

3. Por último, encontramos en la historia de los patriarcas varias apariciones de ángeles tan llamativas que difícilmente podemos considerarlas otra cosa que la gracia de haber visto al Hijo Eterno. Por ejemplo, se dice que «el ángel del Señor se manifestó» a Moisés «en forma de llama de fuego en medio de una zarza» (Ex 3,2); pero enseguida a esta presencia sobrenatural se la llama «el Señor» y después revela su nombre a Moisés como «el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Por otro lado, san Esteban habla

de Él como «el ángel que se le apareció a Moisés en la zarza» (Hch 7,35). También dice enseguida que Moisés «estuvo en la asamblea del desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí» (Hch 7,38); y en el libro del Éxodo se lee «Moisés subió hacia Dios y el Señor lo llamó desde la montaña» (Ex 19,3), «Dios pronunció todas estas palabras, diciendo» (Ex 20,1). Hay sobrados motivos para entender que el Hijo de Dios se nos revela aquí ayudando y cuidando de los patriarcas, de Moisés y otros, bajo forma de ángel. Si esto es así, la pregunta surge enseguida: ¿cómo era esa aparición? No lo sabemos, y tampoco podemos aventurarnos a averiguarla. De todas maneras, el ángel no era más que una forma transitoria y externa que asumió el Verbo Eterno, tanto si se trataba de una naturaleza material como si era una visión. Tanto si era realmente un ángel como si no, o sólo una apariencia adoptada para un propósito inmediato, en cualquier caso, no podemos decir con propiedad que nuestro Señor «tomó la naturaleza de los ángeles».

Estos casos de inhabitación de Dios Todopoderoso en una criatura que he presentado aquí como contraste con esa unión infinitamente más alta y misteriosa llamada Encarnación, han dado lugar a que los herejes en diversas ocasiones perviertan nuestra doctrina, santa y vigorizante; también nos han obligado a recurrir a Cremos y Símbolos de la Fe. Rechazando las enseñanzas de la Iglesia y tratando la palabra de Dios sin delicadeza, han negado que «Jesucristo vino en carne mortal» aduciendo que simplemente se dejó ver a modo de visión o fantasma. O también han dicho que el Verbo de Dios solo habitó en el hombre Jesucristo, como la *sekináh* o Presencia Divina, en el Templo, pero sin una unión real y verdadera con el hijo de María, como si el Verbo y Jesús fueran dos seres distintos, como sí son distintos el Espíritu Santo y alma de cada hombre. También han dicho que Cristo fue llamado Dios por sus grandes perfecciones espirituales, que adquirió poco a poco, fruto de una práctica prolongada. Todas éstas son palabras que no deben

pronunciarse más que para mostrar cuál es la verdadera doctrina y qué significa el lenguaje de la Iglesia sobre ella. Por ejemplo, el Credo de san Atanasio confiesa que Cristo es «Dios, engendrado de la misma sustancia que el Padre, antes del tiempo, perfecto Dios» para que no consideremos su Divina naturaleza, como la nuestra, una naturaleza que simplemente refleja la santidad de Dios. Dice que es «hombre, engendrado de la sustancia de su Madre, nacido en el tiempo, perfecto hombre» para que no pensemos que Él «no ha venido en carne mortal», que es una aparición angélica. Y dice también que «como el alma racional y el cuerpo forman un hombre, así Cristo es uno, siendo Dios y hombre» para que no imaginemos que el Verbo de Dios entró en Él y luego salió, como el Espíritu Santo entró y salió de los profetas.

Por la astucia de sus enemigos y por nuestra propia debilidad, nos hemos visto obligados a hablar de nuestro Señor y Salvador en estos términos; imploramos su licencia para hacerlo así. Imploramos su licencia, sin olvidar que un silencio reverente es lo mejor en materia tan sagrada; pero cuando abundan hombres malos y seductores, y nuestra propia percepción de la Verdad es tan pálida, usando el argumento del celoso David, «¿no hay ahí un motivo» para las palabras?². Imploramos su licencia y oramos humildemente que lo que fue nuestra primera defensa contra el orgullo y la indolencia pueda ser una fuente de devoción, un acto de culto. Tenemos plena confianza en que, por su misericordia, Él aceptará lo que le ofrecemos con fe, «haciendo lo que podemos», aunque la unción de nardo que volcamos en Él es nada comparada con la Gloria Divina que se manifestó en Él cuando el Espíritu Santo le señaló de entre los hombres y la voz del Padre le reconoció como su

² La alusión se entiende partiendo del texto de la *King James Version*: «And David said: 'What have I now done? Is there not a cause?'» (1 S 17,29), pero no funciona en la Biblia de Navarra, que traduce así: «David respondió: '¿Qué he hecho ahora? Sólo he dicho una palabra'».

Hijo muy amado. Él lo aceptará con misericordia, si la fe le ofrece los frutos de la razón, si el amor enciende el sacrificio, el celo lo aviva y la reverencia lo mantiene. Él iluminará nuestras palabras terrenas con su divina Santidad para que lleguen a ser verdades de salvación para las almas que confían en Él. Él, que convirtió el agua en vino y que, de haber querido, hubiera sacado pan de las piedras, nos sostendrá durante este breve pasaje que hacemos por el mundo. Por nuestra parte, haremos uso de las cosas de esta vida sin que su imperfección nos impida buscar de continuo la verdadera Visión Beatífica, y sin que esa misma imperfección nos lleve a rechazar lo que es necesario para nuestras necesidades materiales. Si Dios quiere, llegará un momento en que nosotros, que ahora vemos borrosamente como a través de un espejo, veremos a nuestro Señor y Salvador cara a cara; contemplaremos su rostro radiante con la plenitud de su absoluta perfección divina y de su ser Hijo de Dios. Le veremos tal cual es.

Así pues, según la luz que se nos haya dado, alabemos y demos gracias aquí, en la Iglesia, a Quien los ángeles en el cielo ven y adoran. Bendigámosle por su insuperable amor que tomó sobre sí nuestras flaquezas para redimirnos, cuando Él habitaba en el amor más íntimo del Padre Eterno, en la gloria que Él tenía con el Padre antes de que el mundo existiera. Vino a la bajeza y a la miseria: quiso nacer en mitad del tumulto creado por la orden de empadronamiento de César Augusto, fue expulsado al chamizo de una venta abarrotada y pasó su primer sueño recostado entre dos bestias de ganado. Creció como si hubiera nacido en población despreciada y fue instruido para ejercer un oficio humilde. Aceptó vivir en un mundo que no le apreciaba porque vivió en él para morir por él, en su momento. Vino como el sacerdote nombrado para ofrecer el sacrificio por aquellos que no daban culto, vino para ofrecer por los pecadores esa sangre preciosa que era meritoria gracias a su Divina Unción. Murió para resucitar al tercer día, el Sol de Justicia, desplegando completamente ese esplendor que hasta

entonces había estado oculto por las nubes de la mañana. Resucitó para ascender a la diestra Dios y, con la prenda de sus sagradas llagas y heridas, suplicar desde allí por nuestros pecados; resucitó para gobernar y guiar al pueblo que había rescatado y para derramar sobre él sus mejores dones, los que brotan de su costado. Subió al cielo y desde allí bajará para juzgar ese mundo que Él ha redimido. Grande eres, Señor, y grande es tu poder, Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Diez mil veces más resplandeciente y brillante que el más escogido de los arcángeles es Cristo, nuestro Señor. Siendo por nacimiento el Unigénito e Imagen expresa de Dios, al tomar nuestra carne, Él no se manchó ni rebajó, sino que nuestra naturaleza humana se elevó hasta Él, de la misma manera que Él pasó desde el humilde pesebre hasta la diestra de Dios Todopoderoso. Nuestra naturaleza se ha elevado, porque el Hombre nos ha redimido, el Hombre ha sido puesto por encima de todas las criaturas, como Uno con el Creador, el Hombre juzgará al hombre en el último día. El mundo ha obtenido un gran honor: que nos haya de juzgar no un extraño sino Él, que es uno de nosotros, que será nuestro apoyo y conoce por experiencia todas nuestras imperfecciones. La bondad de Dios le ha escogido a Él, que nos amó tanto que quiso morir por nosotros, para tomarnos la medida definitiva y dar el premio a quienes somos hechura suya. Él, que experimentó nuestra debilidad y que sabe cómo tomar el partido del débil; Él, que está deseando cosechar el fruto de su Pasión, separará el grano de la paja de tal forma que ni un solo grano se pierda. Él, que nos ha dado a compartir su misma naturaleza espiritual, Él, que nos ha dado la sangre viva de nuestra alma, Él, nuestro hermano, decidirá sobre sus hermanos. Pidámosle a Él, esperanza y salvación nuestra, que en su segunda venida tenga misericordia y ternura con cada uno de nosotros.